

LA ACADEMIA CALASANCIA

ÓRGANO DE LA ACADEMIA CALASANCIA DE LAS ESCUELAS PIÁS
DE BARCELONA

SECCION OFICIAL

Acta de la sesión privada, celebrada el día 5 de Diciembre
de 1897

A las diez y media de la mañana, después de las preces de costumbre, fué abierta la sesión por el señor Presidente, Dr. D. Casimiro Comas Doménech.

Asistieron los Sres. Algarra, Bellí, Boronat, Boter, Bosch, Bruna, Cardelús, Carreras (M.), Castany, Castellví, Colomer, Cutchet, Cullilla (A.), Culilla (E.), Estrada, Francisco y Maymó, Gomis, Gorgas, Guerrero, López (J.), Lliteras, Llorens (B.), Llorens (J.), Mestre, Morató, Montaner, Parés (J.), Parés (M.), Parpal, Pascual, Perdigó, Sala y Bonfill, Salvadores, Sariol, Solá, Trabal, Vallés (C.), Vallés (E.), Vidal y Vilaclara. Excusaron su asistencia los Sres. Ballbé, Barella, Borja, Casals, Casanovas, Ferrer, Guadall, Peris-M., Piniés, Pujol y Juliá.

Leída el acta de la sesión anterior fué aprobada.

La Presidencia dió cuenta de haber sido admitido como académico aspirante D. Manuel Moreno y Baraona; de haberse recibido invitaciones de la Asociación de San Luis Gonzaga de Nuestra Señora de Belén para asistir á las funciones religiosas y velada que celebrará los días 8 y 12 de los corrientes; de la existencia de tres vacantes de académico de número que deben proveerse reglamentariamente; de la dimisión del señor Vicesecretario y consecuentemente de que en la próxima sesión se celebrarían elecciones para cubrir dicha vacante; y de la adquisición para la Biblioteca de las obras siguientes: *Obras poéticas* de Espronceda, *Instituciones de Anatomía Patológica* de Tommasi-Crudeli, *La Divina Comedia* de Dante y tres tomos del *Criterio Católico*.

En la segunda parte de la sesión el Sr. Francisco y Maymó pidió que durante el corriente mes se celebrara otra sesión privada, acordándose así.

El Sr. Castany tomó la palabra para significar lo reconocido que estaba el Orfeo de Sta. Cecilia por haber correspondido nuestra Academia á la petición hecha por el mismo; dando las gracias en nombre de la Presidenta de dicha Asociación. El señor Presidente agradeció la deferencia; haciendo notar la propagación y conocimientos que la Academia adquiere en ocasiones como la de que se trata.

Pasando á la tercera parte de la sesión, el infrascrito dió lectura á las siguientes conclusiones:

D. Cosme Parpal, académico de número, debiendo desarrollar el tema «Concepto de la Historia,» cumpliendo con el artículo 83 del Reglamento vigente, presenta á discusión las siguientes conclusiones:

1.º Las definiciones que de la Historia se han dado adolecen todas ellas de algunos defectos, ya por ser incompletas, ya por ser demasiado extensivas.

2.º El hombre es el sujeto y el objeto de la Historia, que lo estudia no individualmente sino formando parte de la sociedad.

3.º Como ciencia que es la Historia hállase en relación con los demás, pero muy principalmente con la Geografía y Cronología, siendo poderoso auxiliar la Crítica.

4.º La Historia es «la ciencia que estudia los hechos realizados por el hombre como sér social.»

El señor Presidente concedió la palabra al Sr. Parpal, el cual después de un breve exordio pasó al desarrollo de la primera conclusión, haciendo notar que, en la imposibilidad de analizar las definiciones todas que de la Historia se han dado, estudiaría las más principales y conocidas, dividiéndolas en dos grupos: 1.º de forma vaga que no son verdaderas definiciones, citando entre otras las de Cicerón, Jovellanos y López Muiños, y 2.º definiciones incompletas propiamente dichas ó demasiado descriptivas, analizando entre otras las de Cantú, Schwartz, Sales y Farré, Rubió y Ors, Torras, Arolas, Izquierdo, Cortada y Salvá, y no pudiendo aceptar ninguna por los defectos de que adolecían, manifestó que probaría defender la por él sustentada, valiéndose para ello de un procedimiento analítico, y al hacerlo desarrolló la segunda conclusión. Al afirmar el Sr. Parpal que el hombre es el sujeto de la Historia examina lo que es el hombre diciendo: «es un sér sensible, inteligente y libre, que tiene un fin que cumplir y al cual encamina todos sus actos de los que responde,» siendo la libertad elemento necesario de la voluntad, no existiendo los actos si no son ejecutados libremente. El hombre, pues, dice el Sr. Parpal, por ser el único sér que se propone un fin, que tiene voluntad y medios para realizar aquel, valiéndose de los hechos, es el único sér que tiene Historia.

Además de ser el hombre actor histórico, es objeto de la Historia, pero en el sentido de que actúa, realiza, ejecuta hechos que tienen su fundamento en la libertad, no siendo objeto de la Historia los hechos realizados sin tener el hombre conciencia de lo que ha efectuado.

Pero siendo el hombre sér social puede ejecutar hechos como tal y como simple individuo, y por eso precisa ver si estos últimos son objeto de la Historia, y para afirmarlo ó negarlo, divide el Sr. Parpal los hechos en no deliberados y deliberados: los primeros los verifican, si bien con conocimiento, de un modo casi mecánico y no son objeto de la Historia, y de los segundos ó sean aquellos resultantes de la actividad del hombre en orden á un fin, hace una subdivisión en: hechos ejecutados como simple individuo y como miembro de la sociedad; y siendo meramente personales los primeros, no influyendo en la marcha social, no son objeto de la Historia, y si bien obra histórica es la biografía, ésta estudia al hombre no como individuo sino por la influencia que ha ejercido en la sociedad. Los hechos deliberados efectuados por

el hombre como sér social son los únicos que son objeto de la Historia, y de ahí dice el Sr. Parpal, que hayamos escrito en la segunda conclusión que el objeto de la Historia es el hombre, pero considerándolo como sér social; pero si bien todos los hombres forman parte de la sociedad no quiere decir que todos los hechos sean iguales, puesto que cada uno tiene un sello propio, especial, que le distingue de los demás, acabando el desarrollo de la segunda conclusión haciendo notar que del objeto de la Historia se deduce la relación y distinción que existe entre ésta, la Filosofía y la Filosofía de la Historia.

Principia el Sr. Parpal la defensa de su tercera conclusión, demostrando que la Historia es ciencia: primero por ser conjunto de conocimientos, enlazados unos con otros, teniendo todo hecho sus antecedentes y consecuentes; segundo, los conocimientos son verdaderos y ciertos, puesto que los hechos se han realizado y se asegura el hombre de su verdad que según Solís es el alma de la Historia, y antes de declarar verdadero un hecho, se exigen tantos requisitos que el P. Feijóo, dice el Sr. Parpal, afirmó que la verdad histórica es muchas veces tan impenetrable como la Filosofía, siendo tarea árdua acertar en la verdad cuya falta en las obras históricas obedece según Séneca: á credulidad, negligencia y mendicidad, á las cuales se añaden la imposibilidad, á veces, de conocer la verdad y la falta de crítica para discernirla; tercero, los conocimientos históricos hacen referencia á un solo objeto; y por último se encaminan á idéntico fin, cual es el de indagar la verdad, y sacar de los hechos experiencia y razones que muevan al hombre á tomar una dirección racional.

Como ciencia que es la Historia, sigue diciendo el Sr. Parpal, se halla relacionada con las demás, y tiene un carácter enciclopédico, no queriendo con esto indicar que forme parte de los enormes volúmenes de la Enciclopedia, que nació, según Cantú, para anatematizar todo lo que hasta entonces había sido venerado, substituyendo á los hechos, eterno lenguaje de Dios, las opiniones, efímero lenguaje de los hombres, queriendo indicar el Sr. Parpal según manifiesta, que siendo el objeto de la Historia el hombre y siendo todos los adelantos científicos obra de éste, caen todos bajo el dominio de la Historia, que se halla en relación con el Derecho, la Filosofía, Medicina y en general con todas las ciencias morales, físicas y naturales, siendo auxiliares de aquélla la Filología, Etnografía, Arqueología, Paleografía, Literatura, etc., pero en especial la Geografía y la Cronología que auxilian á la Historia en su aspecto externo, puesto que, sin conocer lugares y los tiempos en que se han desarrollado los sucesos, carecían estos de valor y significado, y por ello Bacon califica á aquellas ciencias *dux lumina historiae* y Cantú los compañeros inseparables de esta ciencia.

Siendo la tierra la morada del hombre y ocurriendo en ella todos los sucesos, más se comprende la importancia de la Geografía, que no sólo auxilia á la Historia describiendo los lugares, si que también, como dice Sales y Farré, dando á conocer todas las condiciones del suelo y clima. Pero si bien esta doctrina es cierta, recomienda el señor Parpal que no debe exagerarse, pues, al lado de esta influencia externa hay la interna y sobre las dos, la Providencia divina.

Demostrada la importancia de la Geografía pasa el Sr. Parpal á estudiar la de la Cronología, afirmando que desarrollándose la vida humana en forma sucesiva, teniendo su tiempo propio según el cual

debe ser estudiada, es necesario el estudio de este tiempo y su medida, estudio que proporciona la Cronología, ya la astronómica, es decir, conociendo la época en que tuvo lugar un suceso por la coincidencia de haber ocurrido junto con un fenómeno celeste, ya de la propiamente dicha ó sea aquella que mide el tiempo, valiéndose de una base fija.

Y si son indispensables la Geografía y la Cronología para la Historia no lo es menos, asegura el Sr. Parpal, la Crítica, pues, depurando ésta por medio de un análisis minucioso y reflexivo el valor real y formal de las cosas, ella examina los hechos y declara su verdad, y además siendo tantas las fuentes históricas y pudiendo haber contradicción entre algunas ó ser falsas otras, es preciso para asegurarse de su verdad acudir á las reglas de la Crítica.

Termina el Sr. Parpal su conferencia examinando la definición por él presentada, renunciando hacerlo con los términos ya tratados. Dice usa la palabra estudio por comprender con ella la narración y la crítica, y demuestra huelgan en las definiciones los términos en el tiempo y en el espacio, refiriéndose al lugar y forma como se verifican los hechos, puesto que todos ellos lo son en la tierra y con duración determinada; hechos libremente realizados, puesto que desde el momento que el hombre los ejecuta deben ser libres, sinc no son tales hechos; y bajo el imperio de las leyes universales también es redundancia, ya que formando el hecho parte del hombre se halla sujeto á las leyes universales que á éste rigen, por todo lo cual cree, el Sr. Parpal, reúne caracteres de verdadera definición la por él dada.

El infrascrito tomó la palabra para combatir las conclusiones presentadas por el disertante.

Con respecto á la primera, indicó la conveniencia de distinguir entre Historia en sentido lato y en sentido estricto, y refiriéndose á la última citó la dada por el Dr. Zabala que examinó, teniéndola por exacta, sin redundancias ni insuficiencias. Añadió que seguramente se encontrarían otras que se hallarían en el propio caso. Atacó la segunda conclusión haciendo ver la contradicción en que se hallaba con la cuarta; la tercera la combatió por no creer que por la sola razón de considerarse como ciencia la Historia, debía tener relación con las demás; y la cuarta considerándola redundante, puesto que, como sér social debe considerarse al hombre, ya en sus actos individuales, ya en los realizados en bien de la comunidad; pues que en uno y otro caso es sér social.

Rectificaron uno y otro.

El Sr. Solá, después de manifestar su conformidad con las conclusiones del Sr. Parpal, pide á éste que aclare el objeto de la Historia; pues al exponerlo no ha hablado de la Providencia divina como ley histórica; y pide también lo que entiende el disertante por Filosofía de la Historia.

El Sr. Parpal da las explicaciones pedidas con las cuales sólo discrepa el Sr. Solá respecto á la existencia de la llamada Filosofía de la Historia.

El Sr. Francisco y Maymó acepta la definición del disertante y sostiene la exactitud de la conclusión segunda. Contestando á la objeción del infrascrito, que no consideraba la Historia como á Ciencia, defiende este carácter; diciendo que tiene objeto material y formal. Contesta asimismo al Sr. Solá, defendiendo la existencia de la Filosofía de

la Historia é indicando que ya va incluida en la definición, dada por el Sr. Parpal, la Providencia divina, entrando como entra en ella, la libertad humana.

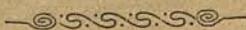
Se levanta el Sr. Gomis para impugnar las conclusiones presentadas. Se muestra conforme con la primera, por considerar imperfectas todas las obras de los hombres, y por ello, dice, también es imperfecta la del Sr. Parpal, por deficiencia y redundancia, como se verá al atacar la conclusión cuarta. Respecto á la segunda cree que no es el hombre el objeto de la Historia, sino sus hechos como dice la definición. En la tercera encuentra á faltar la mención de muchas otras ciencias auxiliares de la Historia, tan importantes ó más que las enunciadas por el disertante; y pasando á la conclusión cuarta encuentra impropio el uso de la palabra: estudia, creyendo debería decir: narra ó describe; de la propia manera que lo es la frase, como sér social. Lamentó que no hubiera entrado el disertante en el estudio de la Filosofía de la Historia, pues cree conveniente saber si los hombres son hijos de las circunstancias ó éstas de los hombres.

Rectifican los Sres. Parpal y Gomis y la Presidencia concede la palabra al Sr. Francisco y Maymó para una cuestión de orden, referente á lo bastante discutido que ya había sido el tema.

El Sr. Presidente, en brillantes párrafos, hizo el resumen de la discusión y felicitó á cuantos habían tomado parte en ella, especialmente al disertante por la elección del tema que consideró de interés é importancia.

Se levantó la sesión á las doce y minutos.
Barcelona 12 de Diciembre 1897.

El Secretario,
RAMÓN BOTER



El próximo domingo, 19 de los corrientes, en el local y hora de costumbre, tendrá lugar la segunda sesión privada del presente mes, en la cual el académico Sr. Gomis disertará sobre el tema «Importancia del Derecho Canónico.»

Barcelona 13 de Diciembre de 1897.

El Presidente,
CASIMIRO COMAS DOMENECH

El Secretario,
RAMÓN BOTER

LA ACCIÓN SOCIAL CONTRA EL ANARQUISMO

Discurso pronunciado en la sesión pública inaugural, celebrada el día 14 de Noviembre, por el Presidente

Dr. D. Casimiro Comas Doménech ⁽¹⁾

MUY ILUSTRES SEÑORES (*)

REVERENDOS PADRES.—DISTINGUIDO AUDITORIO:

Háse dicho, en mi sentir con bastante exactitud, que estamos atravesando un período de transición, de los más

(1) Tomado taquigráficamente por académicos de Número, D. Carlos Francisco y Maymó, y D. Antonio Solá y Llenas.

(*) Representantes de la Diputación, el Ayuntamiento y la Universidad Literaria.

marcados que en la historia se conocen. El espectáculo que en nuestros días ofrece el mundo parece autorizar semejante afirmación, pues por doquier que tendamos nuestra mirada, no vemos sino una agitación vertiginosa en demanda de reformas é innovaciones, prueba palmaria de que nos hallamos en pleno periodo constituyente. La ley de la evolución que guía los pasos del mundo, impone el término de una edad histórica, el comienzo acaso de una nueva era civilizadora, que, cimentada en las anteriores, aporte al progreso general humano nuevos elementos. Distinta era la civilización griega de las orientales, su sello peculiar tenía también la romana, así como la medioeval, base de la del Renacimiento; y sin embargo, cada una de ellas apoyábase en elementos aportados por las que la habían precedido, apropiándose los, dándoles fisonomía característica, porque precisa no olvidar que en el progreso pueden considerarse dos fases, una absoluta que en cuanto se afirma es indestructible y otra relativa que se acomoda á las circunstancias de lugar y tiempo.

Una cosa análoga ocurre en nuestros días. El impulso civilizador manifiéstase en todos los órdenes de la actividad humana; la sociedad á bordo de la nave de la vida atraviesa el Océano del tiempo, valiéndose de los medios que le han prestado las generaciones que fueron. Obsérvase sin embargo, en los órdenes político y social, únicos que ahora nos importan, un fenómeno característico de nuestra época. En otras ocasiones conociábase cual era la brújula que guiaba la orientación; el piloto podía dirigir la nave con perfecto conocimiento de causa; si por casualidad tenía que llegarse de arribada forzosa á algún punto, la orientación racional de todos modos no dejaba de existir; hoy por el contrario, nos hallamos en la triste situación de ignorar cual es el puerto de nuestros destinos. Aparte la tendencia tradicional, enemiga sistemática de todo género de innovaciones y que cuando menos determina la ventaja de impedir el triunfo de principios ultrarradicales, existe tal divergencia entre los que á los estudios morales y políticos se dedican, que mientras unos afirman que precisa organizar la sociedad sobre bases distintas de las hasta hoy conocidas, otros, por el contrario, se contentan con prudentiales reformas; hay quien involucra el progreso en determinada forma de gobierno, no faltan tampoco quienes afirman que la democracia además de social debe ser política; algunos

defienden el predominio de una clase sobre las demás, en oposición á los que con mayor justicia sostienen el ideal de armonía entre los elementos sociales; si en el campo filosófico nos internamos, veremos que la Filosofía, en vez de favorecer con sus enseñanzas la práctica de la vida, dificulta su libre desenvolvimiento; en una palabra, reina en el orden científico indecible confusión que trasciende á la esfera de los hechos. En el calor de la discusión encréspanse las olas de las pasiones, amenazando con inminente naufragio la nave social y, por si esto no fuese bastante, ennegrecese el firmamento, presenta el horizonte aspecto amenazador, cunde la oscuridad, y mientras los que van á bordo discuten acerca la orientación que deben tomar, en vez de procurar salir del radio de acción de la tempestad que se les viene encima, fulgúreos estallidos introducen entre ellos la desolación y la muerte, anunciándoles que un nuevo enemigo viene á combatirles con denodada saña: el *anarquismo*.

De él, señores, voy á ocuparme en la tarde de hoy, contando con vuestra benevolencia, al inaugurar públicamente, en virtud de precepto reglamentario, las tareas académicas del presente curso. El tema por igual á todos interesa, puesto que, los envenenados dardos del anarquismo se dirigen contra el cuerpo social del cual todos nosotros somos miembros. Mi propósito es levantar mi humilde voz en defensa de la urgencia de que se adopten cuantas medidas sean precisas, para impedir el avance de los bárbaros de nuestros tiempos que, desde sus posiciones situadas en los vecinos campos, intentan abrir brecha en las murallas y almenas en que nos hallamos encastillados.

Desde dos puntos de vista al parecer distintos, aunque en realidad se enlazan y compenetran, puede ser considerado el anarquismo, como idea y como procedimiento.

Juzgado como ideal tendente á la organización sistemática de la Humanidad, (suponiendo por un momento que el anarquismo pueda organizar algo), cifra sus propósitos en la anulación de toda autoridad por pequeña é insignificante que sea, llevando hasta sus últimos límites la libertad humana; afirma que el hombre es libre é independiente para proceder como estime oportuno, sin trabas de ningún género, sin consideración á los perjuicios que con su obrar pueda inferir á los demás, puesto que, desligado el hombre de todo vínculo religioso que enfrene sus pasiones, care-

ciéndose por otra parte, según he manifestado, de todo elemento autoritario, no es fácil que el individuo someta su libre actividad á la conveniencia pública. Generalizense las ideas anarquistas, y el corazón humano perderá los caracteres de nobleza y abnegación que le distinguen; implántense en la práctica y no sólo desaparecerá la sociedad, por ser la autoridad uno de sus atributos esenciales, si que también la civilización; el mundo en tal supuesto daría un salto en el vacío, cayendo en el abismo de la barbarie con caída mortal de la que difícilmente podría volver á levantarse.

Ya se comprende que los sectarios del anarquismo no sienten por la sociedad ningún entusiasmo; sus ideas, más que fruto del raciocinio, lo son de la pasión; léjos de inspirarse en el bienestar común, expresan un vértigo destructor que manifiesta odios inextinguibles, así como mal comprimido é incomprensible afán de vengar ilusorias ofensas. Por sus actos, por sus perversos y brutales instintos, sólo pueden compararse los anarquistas á las fieras que en las espesas selvas africanas se entregan á la destrucción y á la matanza, no mostrándose satisfechas hasta que han obedecido al sanguinario impulso que secretamente les anima.

Alguien ha sostenido que el anarquismo en sí no es temible, que la acción social debe limitarse á castigar é impedir la repetición de los crímenes que en su nombre se cometen. Esta idea es equivocada. No se trata de un sistema inofensivo, á cuya sombra se cobijan criminales vulgares para que les sirva de pretexto que justifique sus propósitos, no; entre las ideas anarquistas y los monstruosos atentados que en los anales contemporáneos se registran, existe íntima relación, de tal modo que á la monstruosidad del ideal corresponde la del delito.

Monstruosos he llamado á los crímenes del anarquismo, y no se crea que dejándome llevar por mi fantasía exagere el calificativo. Se explican la destrucción, la ruina, el sacrificio de la normalidad pública en aras de un ideal encaminado á la organización de la sociedad y á cuyo favor militan razones atendibles; se concibe, aunque no pueda justificarse, la violación del derecho ajeno para satisfacer una venganza personal; pero ¡los atentados anarquistas! ¿qué son sino manifestación de una sed de sangre que sólo puede satisfacerse en el manantial inmundo de los delitos

cometidos por sus adeptos, de los cuales son víctimas la masa social anónima ó á lo sumo determinadas personas, atendiendo á su carácter de jefes de Estado ó de gobierno, es decir, de representantes de la sociedad? ¿Logran por ventura algo, los anarquistas, con sus ignominiosos y bárbaros hechos?

Y ellos, miserables ó ilusos, se llaman á sí mismos mártires y se atreven á compararse con los mártires de nuestra Religión excelsa. ¡Cuánto cinismo ó cuánta ignorancia! ¿Qué comparación puede haber entre los primeros cristianos, que con una abnegación admirada por todos los siglos, entregaban heroica y generosamente su vida, toda ella un conjunto de santidad y virtudes, en aras de un ideal, el más civilizador y progresivo, desarrollado á través de los tiempos, perdonando á sus verdugos á los cuales servían en cuanto no se opusiese á sus religiosas creencias, y esos asesinos que en nuestra época, echando por su boca la inmundada espuma del odio sectario, arrojan cobarde y alevosamente la bomba de dinamita, ora entre la multitud que se agolpa en las calles para presenciar el paso de Jesús Sacramentado, rindiéndole tributo de veneración y amor; ya entre la muchedumbre congregada para asistir á lírico espectáculo; ó en el hemiciclo del salón donde se celebran las sesiones de augusta Asamblea legislativa; clavan su puñal en el pecho del bondadoso Carnot; cometen, en suma, toda suerte de infamias, alguna de las cuales no he de recordaros, pues, por ser reciente y afectarnos de un modo especial, á buen seguro no llegaréis jamás á olvidarlas: y después, cuando entre los muros de lóbrega prisión aguardan el momento de expiar su crimen, ú observan hipócrita conducta, cual si al despedirse del mundo quisiesen burlarse de la sociedad por ellos tan odiada, ó se portan como el criminal empedernido que se ceba y goza en el mal por él causado, no sintiendo otro pesar al fijarse, á través de los hierros de su prisión, en el hermoso y sublime espectáculo que siempre la Naturaleza ofrece, que el de no poder disfrutar unos minutos más de libertad para causar nuevas víctimas, para derramar más sangre, para inferir á la sociedad mayores agravios? Todos los cristianos, cuyo nombre se halla inscrito en el Martirologio, fueron, por lo menos desde el momento de su conversión, ejemplares modelos dignos de ser imitados; en cambio, los anarquistas, apesar de ser en general jóvenes, tienen ya

una larga historia de aventuras; muchos de ellos han tenido que habérselas con los Tribunales por la comisión de algún delito común, ostentando en sus pies la señal indeleble del grillete del presidiario, que les fué justamente impuesto, por asesinos, por homicidas, por ladrones, por falsarios. ¿Y éstos son los que en nombre del interés general se erigen redentores de la humanidad? Aunque la sociedad se encontrase perdida jamás podría confiar su salvación á licenciados de presidio, á unos seres tan abyectos: suponemos que la causa del anarquismo tuviera algún punto de vista simpático; no por ello dejaría de ser digno de censura en atención á los crímenes que en su nombre se cometen.

Mientras se mantenga firme la protesta contra el orga- nismo social, representada por las doctrinas anarquistas, es imposible que exista la normalidad precisa para el cumplimiento de los fines generales. Trátase de un cáncer social que se ha de extirpar de raíz, si se quiere destruir en absoluto sus desastrosos resultados. Al efecto los ciudadanos, el Estado y la Sociedad internacional han de ponerse de acuerdo, adoptando cuantas medidas sean precisas, por extraordinarias que parezcan; puesto que á los grandes males deben aplicarse los grandes remedios.

Desde luego, los ciudadanos han de hacer vacío alrededor del anarquismo, apartando de su lado á cuantos se hallen inscritos en tan tenebrosa secta, por tratarse de seres incompatibles con el bienestar social. Si un individuo se declarase enemigo de nuestra familia, procurando perjudicarla por todos los medios posibles y, aún más, levántase el puñal homicida para clavarlo en el corazón de seres de nosotros queridos, en la actitud más benévola que pueda imaginarse, ¿no le apartaríamos de nuestro lado, manifestando así nuestra indignación? Pues una cosa análoga hemos de hacer con los anarquistas cuyos crímenes van dirigidos contra la gran familia humana, arrebatando á la sociedad tanto la inocente y cándida niña, merecedora de mayores respetos por su edad y por su sexo, como el honrado obrero que por ley de naturaleza gana el pan con el sudor de su rostro ó el estadista ilustre cuya vida es una serie continua de sacrificios en el altar de la Patria.

No haya para los anarquistas, familia, hogar ni trabajo, si es que alguno siente afición á esta virtud; así se encon-

trarán aislados, la vida se les hará imposible; y, por otra parte, no podrá darse el caso de que el salario con que retribuyamos sus servicios sirva para adquirir elementos de destrucción, y la hospitalidad que les dispensemos la aprovechen para calcular mejor las distancias y podernos dirigir certera puñalada al corazón.

Enhorabuena que de momento procuremos convencerles de la utopía que encierran sus errores; mas, si nuestros esfuerzos resultan inútiles, abandonémosles á su destino, que al fin y al cabo, si la caridad bien ordenada comienza por uno mismo, no debemos ser héroes quijotescos hasta el punto de sacrificar estérilmente nuestro bienestar en aras de quienes es notorio han de emplear contra nosotros todas las energías de su alma. No se olvide que, siendo el anarquismo nuestro enemigo, si con esta actitud contribuimos á hacerle impotente, prestaremos á la sociedad un gran servicio.

La acción del Estado ya á primera vista se comprende que ha de ser muy importante, puesto que su misión es velar por la prosperidad pública. No cabe sin embargo desconocer que en este punto las opiniones andan muy divididas, ya que unos en nombre de las libertades públicas y otros en virtud de la tendencia á que el Estado intervenga en el menor número posible de funciones sociales, se oponen á la adopción de medidas extraordinarias. Precisa sin embargo, tratándose de emprender una vigorosa acción contra el anarquismo, que, dejando aparte toda clase de opiniones de escuela, por muy respetables que sean cuando se inspiran en lucubraciones intelectuales imparcialmente dirigidas, se acuda á todos los recursos indispensables para neutralizar los desastrosos efectos del bacilo anarquista que, infestando la atmósfera social, podría llegar á impedir que la sociedad se presentase á luchar viril y denodadamente contra sus enemigos; y adviértase, señores, que para ello no han de constituir ningún obstáculo las libertades públicas que tienen en las utopías anarquistas su principal adversario. Salvemos ante todo la sociedad, que luego ya llegará el momento de discutir la extensión que prácticamente debe darse á esos derechos, de que con tanta justicia se envanece el mundo moderno.

¿De qué nos servirá inquirir si el hombre por su condición de tal posee determinadas prerrogativas, si antes no procuramos asegurar la perpetuidad del organismo so-

cial dentro del cual aquellas han de desenvolverse? Váyase sosteniendo que las libertades públicas son intangibles y, á la sombra de tan absurdo supuesto, el anarquismo irá adquiriendo prosélitos, llegando acaso un momento en que imponga la única solución que en la práctica posee: la destrucción y la ruina aplicadas á la sociedad.

Los individualistas opinan que sólo deben adoptarse medidas represivas. Aunque tal aserción esté conforme con la tendencia general de sus doctrinas, Dios quiera, señores, que no prevalezca en la realidad, porque la razón y la experiencia nos dicen de consuno que no basta castigar, que es preciso prevenir.

Es tanto el odio atesorado en el corazón de los anarquistas, determinante de los crímenes por ellos cometidos, que no se concibe sea producto de una impresión momentánea, fruto del agravio ó injusticia de que, en su opinión, hayan sido objeto por parte de individuos pertenecientes al cuerpo social, nó; los atentados contra la masa anónima ó contra el principio de autoridad, revelan una perversión indecible, para llegar á la cual es indispensable respirar una atmósfera caldeada por completo de anarquismo, mediante la propaganda en la prensa, en las reuniones, en los conciliábulos secretos que celebran en sus tenebrosos antros.

Es un fenómeno social, digno de estudio, la íntima relación que existe entre la propaganda anarquista y los crímenes con que con frecuencia asombran al mundo. Cuando vemos acudir al poderoso medio de la propaganda á los mismos partidos que se empeñan en negar el peligro que se involucra en la del anarquismo, no podemos menos que extrañarnos de ésta, que estamos por llamar, obcecación lamentable.

Se dirá que son tan monstruosas las ideas anarquistas que cuanto más se conozcan caerán en mayor desprestigio. Es tan simpático todo cuanto tienda á impedir la limitación de los derechos individuales, que, si nos convenciésemos de la verdad del anterior concepto, seríamos los primeros adversarios de las medidas preventivas. ¡Lástima grande, señores, que se trate de un generoso ensueño concebido allá, en la imaginación apasionada de los extremos liberales, que se devanece á impulso del sol de la realidad, permitiéndonos comprender en toda su pureza las exigencias sociales, una vez se ha disipado en absoluto la engañadora nebulosa!

(Se concluirá)

EL LOURDES CATALAN

Está emplazado muy cerca del pueblecillo ampurdanés denominado *S. Miquel de Romanyà*.

Encontrándome á muy poca distancia del citado sitio, no pensé en desperdiciar la buena ocasión que se me presentaba para hacer una visita al santuario que en honor á la Virgen de Lourdes han levantado allí los devotos ampurdaneses. No pudiéndola despreciar tampoco, por la agradable circunstancia de que me acompañarian, en tan deliciosa excursión, amigos muy simpáticos con que cuento en el pueblo de Borrassá.

Amaneció el día á que nos referimos, con todo su esplendor y galanura; ni la menos densa nube empañaba el celeste manto azul, una ligera brisa neutralizaba el efecto calorífico producido por los ardorosos rayos del sol, que tan intensamente bañaban la rica llanura del Ampurdán; en una palabra, día tan espléndido, contribuía en gran manera á que emprendiéramos el corto viaje con más entusiasmo y piedad.

Siendo el camino muy corto, como ya he dicho antes, podíamos llevar á cabo perfectamente en una tarde la tan deseada excursión. Así es que partimos del mencionado pueblo de Borrassá, á las dos próximamente.

Dejamos la carretera, que aun se está construyendo, y que ha de unir las dos capitales de Francia y España, para seguir el camino vecinal que conduce á *S. Miquel*. Después de hora y media, en la que pudimos disfrutar de variado panorama, que por todos lados se ofrecía á nuestra vista, llegamos al santuario al cual habíamos encaminado nuestros pasos.

Si el viaje fué pintoresco, mucho más lo fué su término. Nos hallábamos inmediatamente á las orillas del Fluvià; á pocos metros de altura, divisamos el santuario que íbamos á visitar. Después de descansar un momento, subimos la montaña en cuya falda se encuentra. Desde el comienzo de la carretera hasta allí, se levantan elegantísimos oratorios, contruidos para el rezo de la estación del Vía-Crucis; al estar en el oratorio número 14, después de dar dos pasos, entramos en la Iglesia, en donde rezamos la Salve como saludo á la Virgen; después de la cual admiramos algunos.

regalos de personas de gran significación. Salimos de ella, y á corta distancia encontramos una fuente, en la cual se destaca la Imagen de la Virgen, formada por ladrillos artísticamente colocados. Un poco más allá, una pequeña ermita en la que se venera á Ntra. Sra. que á sus pies tiene la Bernardette; el altar está formado por estalactitas y estalagmitas en pedazos, muy bien colocados y pegados con cimientto que con mucha dificultad se distingue. A los 8 ó 10 metros, se halla la capilla dedicada á la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, en ella se ve una preciosa imagen de Jesús orando en el huerto, que es de tamaño natural y tiene los colores muy bien aplicados, está expresando un estado sumamente angustioso, no teniendo lo demás de dicha capilla, que es de mármol, nada de particular. Y finalmente, en el fondo de aquella planicie, hay una colección de imágenes de Santos pintados en los ladrillos de un modo análogo á los de la fuente ya mencionada.

Después de hacer esta visita que nos dejó sumamente complacidos, bajamos á la llanura, donde á la sombra de los árboles muy corpulentos que allí se levantan, los dueños de la propiedad que debajo del santuario existe, nos obsequiaron con una espléndida merienda.

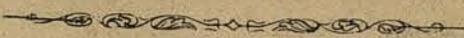
Habría pasado una hora, cuando notamos que el sol se iba al ocaso y las tinieblas de la noche ya empezaban á destacarse, y un momento después, ya apareció la luna con su luz consoladora. Al disponerse la marcha, las campanas del santuario pedían una plegaria á la Virgen, y nosotros, descubriéndonos, nos alejábamos, rezando fervorosamente..... el *Angelus*, como último saludo á nuestra amantísima madre.

Mientras nos íbamos alejando de aquel sagrado lugar, y volviendo de vez en cuando la cabeza para dirigirle una cariñosa mirada, cambiábamos las gratas impresiones que había causado en nuestro ánimo tan pintoresco lugar.

Dos horas más tarde, nos hallábamos aposentados en Borrassá, muy satisfechos de tan agradable é impresionadora excursión.

ESTEBAN CARDELÚS Y CARRERA

Septiembre 1897.



UNA ESPERANZA

LEIDA EN LA SESIÓN PÚBLICA DEL DÍA 14 DE NOVIEMBRE

SEÑORES:

Si recorremos ligeramente la historia y fijamos por breves momentos nuestra mente en los hechos en ella consignados, con tristeza vemos y con pena debemos confesar la rápida decadencia de nuestra querida España, iniciada á mediados de la edad moderna y acentuada cada vez más hasta llegar á nuestros infelices días.

El valor desplegado por los héroes de la Reconquista es hoy en gran parte ignorado, casi despreciado, y de los magnánimos esfuerzos realizados por nuestros grandes Reyes, apenas queda algún vestigio.

¿Y qué diré de nuestros descubrimientos, guerras y conquistas?: vergüenza causa el decirlo. De las tierras que tantos sacrificios costaron á nuestros antepasados, unas pasaron á manos extranjeras; otras, sobornadas por la masonería que les presentaba á la católica España como una tiránica usurpadora de sus libertades, renegaron de sus generosos redentores y se emanciparon de la madre Patria. Y el prestigio, reputación, riqueza, se trocaron en oprobio, desprecio, pobreza; y la que antes era señora, es hoy casi vasalla.

¿Qué se hicieron de aquellos lauros, de aquellas glorias, de aquella grandeza? ¿Qué de nuestra fuerza y poderío? ¿En donde están aquellos hechos gloriosos de Covadonga, las Navas y el Salado, de Granada, Pavía, Otumba, Lepanto y otros mil y mil que sería prolijo enumerar? ¡Ah!; el tiempo acaba por cubrirlos con su negro velo y sepultarlos en la tumba del olvido, y aquel manto tan rico que pendía de los hombros de nuestra madre España, está hecho girones, despreciado por aquellos mismos que tantas veces con solo nuestra palabra habíamos hecho temblar.

Antes, la bandera española amparaba con su sombra protectora los derechos y fueros de la justicia; gallarda y magestuosa ondeaba en Francia, Italia, Portugal, Canarias, Filipinas, Méjico y Perú, Antillas, Jamaica, etc., etc., y á ella estaban sometidos más de 600 millones de súbditos.

De nuestra potente marina, señora del Mediterráneo, casi nada nos queda; y nuestros ejércitos que antes eran el terror del mundo, fueron vencidos; nuestra política decayó, y con ella nuestras relaciones diplomáticas.

¿Y cuál es la causa, señores, de tanto oprobio, de tanta desgracia?

Una nota se descubre en todos nuestros actos, un hecho gloriosísimo y perenne, nunca desmentido por nuestros mayores, se halla consignado en las páginas de nuestra historia, cual es, el de haber defendido siempre y por todos los medios la causa santa, la religión católica.

En efecto: todas las batallas y guerras por nuestros soldados dadas, revistieron siempre el doble carácter de patrióticas y religiosas; y la causa de todas ellas fué asimismo doble; y así vemos que desde Pelayo hasta D. Fernando y D.^a Isabel todos nuestros monarcas lucharon por la independencia y por la religión, y conseguida ya la expulsión de los moros, Carlos V, Felipe II y sus sucesores declararon guerra abierta contra el protestantismo hasta quebrantarlo.

España fué siempre el brazo derecho, el sostén de la enseña de Cristo, y sus reyes se constituyeron en campeones denodados del nombre Cristiano, y á la sombra de aquella política justa y vivificadora nos engrandecemos, avasallamos á todo el mundo conocido y descubrimos y civilizamos el hasta entonces ignorado.

Pero los tiempos cambiaron, nos apartamos de la Fé y por eso caímos de la cumbre de gloria, en que nos encontrábamos, al abismo de oprobio en que nos hallamos sumidos; ésta es la causa de nuestro decaimiento, de nuestra desventura.

Las consecuencias que forzosamente debía traer aquella aberración, las estamos tocando.

A medida que la impiedad iba cundiendo en nuestro suelo, el amor patrio se iba debilitando, las instituciones más sagradas fueron profanadas y en el trono de la justicia se sentó la injusticia, á la equidad sucedió el fraude y la verdad fué sustituida por la más refinada hipocresía.

Corrompidas las costumbres, la marcha triunfal que el progreso en nuestra patria seguía, detuvo su paso y aquella edad de oro de nuestra civilización desapareció. Las potencias europeas que admiraban nuestra cultura y envidiaban nuestros adelantos científicos y literarios, nos alcanzaron,

igualáronsenos y, fuerza es confesarlo, nos superaron; antes les servíamos de faro, hoy seguimos su luz, y hablando desapasionadamente, si por fortuna alguien hay aún en nuestro territorio que merezca los honores de la sabiduría, para poder divulgar sus conocimientos y difundir su ciencia, preciso le es, ó renegar de su nacionalidad, ó buscar apoyo en lugares extranjeros, so pena de ver sus trabajos, en muchos países, despreciados, y en casi todos mirados con desdén é indiferencia.

Y para acabar de completar ese triste cuadro, las únicas posesiones que de nuestra riqueza nos restaban, se sublevaron, maldijeron á su madre y sus campos se convirtieron en inmenso osario para nuestros valientes soldados.

En ese estado, en medio de esa obscuridad, de ese cataclismo, ni un solo consuelo hay para nuestra infortunada patria..... más no; una estrella se distingue, una luz salvadora que con su reflejo viene á iluminar esas vastas ruinas, un destello de esperanza, señores, alumbrá nuestra mente, una floreciente juventud renace llena de Fé, de lozanía, que con la cabeza erguida, escudado su pecho con la Cruz de Cristo, quiere hacer frente á la impiedad, quiere enjugar las lágrimas que derrama nuestra madre España y darla nuevos días de gloria y de grandeza.

En todas partes crecen y se multiplican cada día más, infinidad de sociedades, congregaciones y cofradías formadas por elementos sanos que preparan ese mañana á que todos aspiramos

Nuestra madre llora pobre y oprimida, llora su desventura, llora su desgracia, llora la ceguera de su pueblo, llora su ruina, su perdición y todavía hay hijos desnaturalizados que se mofan con sarcástica sonrisa de su quebranto; no les imitemos, dignos son de compasión; unamos nuestros esfuerzos al renacimiento iniciado para alcanzar la deseada felicidad.

Mas..... por demás están, señores, mis pobres exortaciones, pues bien sé que á la sombra de esos muros el patriotismo germina y la Fé resplandece, que los miembros de la Academia Calasancia cooperan de un modo activísimo á esa nueva cruzada contra los enemigos de Dios y del país, que la orden de San José de Calazanz sabe de un modo admirable preservar, preparar y robustecer los corazones á Ella confiados y que Ella es la madre de la niñez, la protectora de la juventud.

Plácemes mil pues á vosotros hijos de la Escuela Pía, plácemes mil á vosotros, señores académicos, á quienes hoy tengo la satisfacción de expresaros mi gratitud por haberos dignado alistarme en vuestras filas, y mientras con ansia esperamos la hora de poder enjugar las ardientes lágrimas de nuestra madre y borrar los infortunios de nuestra patria, repitamos una y mil veces. viva España, viva la Escuela Pía, viva la Academia Calasancia!—HE DICHO.

AGUSTÍN CULILLA Y GIL

FELIU Y CODINA Y SU LABOR LITERARIA

(APUNTES PARA UN ESTUDIO)

De Feliu y Codina se puede hablar, igual hoy que mañana y siempre, con gran alabanza.

J. BURGADA Y JULIÁ

I

Escudándome en las palabras que oí un día á mi amigo y compañero el Sr. Burgada, me pareció poder retardar un poco el hablar del querido Maestro, pero esta deuda que, la pereza más que otra cosa me hizo contraer, empiezo á pagarla hoy con el rédito de la creciente admiración y fanatismo que cada día más, siento por el incomparable autor de *La Dolores*. Hoy, con motivo de haberse otorgado el premio Piqué á una de sus hermosas producciones, á *Maria del Carmen*, un no sé qué me impulsa á coger la pluma desafiando lo que pueda decirse contra mi poca autoridad.

*
* *

D. José Feliu y Codina, nació en Barcelona el día 11 de Junio de 1845, en la casa de la calle de Fernando situada frente á la iglesia de S. Jaime (1).

De estudiante empezó á sentir ya la vocación de literato y animado por sus compañeros, mientras preparaba una obrita teatral, escribía poesías y artículos que publicaron los periódicos de la época.

(1) A raíz de su llorada muerte se habló de si el Ayuntamiento habia tomado el acuerdo de colocar una lápida conmemorativa en dicha casa, pero hace tiempo que no se habla de ello.

«Lo mismo escribiendo en catalán que haciéndolo en castellano, perseguía siempre Feliu y Códina con idéntico empeño la corrección en el estilo y en el lenguaje, la pulcritud sin afeminación, el arte, en una palabra, en las obras de distinta indole que deja publicadas.»

Por este párrafo de Miquel y Badía se comprenderá la necesidad de tratar de la labor literaria en catalán, separadamente de la castellana.

En 1865 y huyendo del cólera que diezmaba á Barcelona, refugióse Feliu en Hostalrich, en donde conoció y entabló amistad con el gran *Pitarra*. Dióle á leer una obrita teatral que tenía terminada, titulada: *Un mosquit d'arbre* que gustó de tal manera á Federico Soler, que la hizo representar en la sociedad *La Gata*, que actuaba en el desaparecido *Teatro del Odeón*, en donde fué muy aplaudida.

Lo senyor padri, comedia en dos actos estrenada en Romea en 1866, obtuvo un éxito por demás lisonjero que con el anteriormente obtenido en el *Odeón* le animaron á dedicar toda su actividad al teatro; produciendo en su consecuencia obras que tanto renombre han alcanzado, entre ellas, *Lo Rabadá*, *Cofis y Mofis*, *Los fadrins externs*, *Lo más perdut*, *La filla del Marxant*, *La bolra d'or*, etc., las comedias de magia en tres actos *Lo tamboriner*, *Lo pont del diable*, *La dona d'aigua*, etc., y la nutrida lista de comedias en un acto que hemos visto en carteles de los teatros de toda categoría, tales como *A ca la sonámbula*, *Un pis al ensanxe*, *Del ou al sou ..*, y la regocijada caricatura *Lo mestre de minyons* que no hay escenario de Cataluña que no lo haya representado.

Librettos para zarzuelas los escribió, y excelentes, recuérdanse *Lo rovell del ou*, *La rambla de las flors*, *La tuna* y *L'esperver*, que contra lo que solemos ver los escribió llenos de interés, hermanando la amenidad con la bondad literaria.

Los que conozcan el catálogo de las obras de Feliu habrán notado que no cito entre ellas la que más fama le dió, la comedia en cuatro actos *Lo grá de mesch*, y la razón es sencilla: quise dejarla al último para reproducir la opinión que mereciera á los críticos de la época, pero me encuentro con que llenaría muchas páginas y se deduciría lo que diré: *Lo grá de mesch* abrió nuevos horizontes al teatro Catalán y convinieron todos en que bastaba para acreditar nuestra dramática tan envidiada y discutida. Fede-

rico. Soler abrazó á Feliu y vió en él un gran sostén de su obra. *Pitarra* se complacía en decirlo á todo el mundo.

En *Lo grá de mesch* dice un crítico (1) que por lo que toca al diálogo y lenguaje pone sobre su cabeza á Moratín, además de que tiene lo que el público de nuestros tiempos pide á voz en grito: *verdad escénica*; y añade, Moratín y Scribe se dán la mano en *Lo grá de mesch*, poniendo de ambos Feliu y Codina lo que estimó adaptable al teatro contemporáneo, con perfecto sentido de la realidad y de lo que reclaman las aficiones ó las escuelas modernas.

*
* *

Como periodista hizo su debut en un periódico de Lérida titulado: *Aquí estoy*, que se publicó del 60 al 65. Por aquella época fué cuando publicó un tomo de poesías titulado: *Vibraciones del alma*, bajo los auspicios de dos admiradores de su talento los Sres. Guardiola y Abella.

Son memorables las campañas que hizo en los famosos periódicos *Un tros de paper* y *Lo nunci*, que dirigió y del que era propietario; *La Rambla* y *La Pubilla* contribuyeron asimismo á popularizar el pseudónimo *Joseph Serra* que durante mucho tiempo usó Feliu.

Como novelista alcanzó también justo renombre, componiendo novelas tan ricas como *Lo Bruch*, *Lo Rector de Vallfogona* y *La Dida* muy divulgadas todas, amen de novelitas y cuentos esparcidos por los mil y un semanarios que se disputaban el honor de publicar sus trabajos.

*
* *

Deja un drama catalán inédito, que parece se va á estrenar este año, *Lo nuvi*.

Como literato catalán, se ve por la ligera idea que de sus trabajos he dado, que nos deja un rico legado.

Algunas de sus obras (dos ó tres) las escribió en colaboración con *Pitarra*, pero me afirma quién está en el secreto que en una de ellas, *La filla del marxant*, está el nombre de *Pitarra* al lado del de Feliu porqué le hizo algunas pequeñas indicaciones que verdaderamente favorecieron la producción. Eso bastó para que al editarla pusiera «en co-

(1) No puedo resistirme á trasladar algo de lo que dijo D. F. Miquel y Badia cuya competente autoridad es de todos conocida.

laboración con *Pitarra* y no se ve en ello más que un exceso de delicadeza, pero que es un dato importante que habla muy alto en pro de su afabilidad y modestia.

Su labor en castellano será cuestión de otro artículo.

VALERIO SERRA BOLDÚ

ESTUDIOS SOBRE LA VERDADERA RELIGIÓN

IV

LA IGLESIA DE CRISTO ES LA CATÓLICA, APOSTÓLICA Y ROMANA

La importante y trascendental conclusión, que en el anterior artículo (1) dejamos, según nuestro parecer, probada, da pie al complemento, que el presente significa. No hay duda en que, si la Religión verdadera es la de Cristo, interesa á todos los hombres conocer la doctrina por Cristo predicada, para tributar á Dios el culto correspondiente á la Religión sobrenatural revelada, y cumplir así su sobrenatural destino. Porque es ciertísimo, y después de lo que tenemos publicado de estas materias, podemos ya emitirlo, que si el hombre existe, habiendo Dios de aceptar su gratitud y su amor, premiando sus obras buenas, pues libre es el hombre, es acreedor por tanto á premios y castigos; y si por otra parte á Dios no puede moverle á actuar, permítasenos la frase, sino el infinito, según vimos; el hombre ha de estar ligado con Dios por vínculos estrechísimos, que salven la distancia, que separa lo finito de lo infinito, para que los actos individuales del hombre sean en algún modo de valor infinito; y si sólo la Religión sobrenatural revelada nos ofrece estos lazos, los cuales tan estrechamente ligan al hombre con Dios, que en virtud de los mismos, se comunica á los actos del individuo humano el valor de los actos de Dios; bien podemos concluir, que el hombre existe para esta Religión, y que si no hubiese tenido que existir ella, el hombre tampoco existiría. Dedúcese de aquí, que divaga fuera del plan divino de la Creación, no responde á los beneficios, que de la misma reporta, y en último resultado no puede conseguir su fin

(1) Art. III. No hay más Religión verdadera que la de Cristo.

sobrenatural, para cuya consecución es impotente aún el más titánico esfuerzo de la sola naturaleza, el hombre que no milita en las filas de la Religión verdadera en sus dos aspectos. Véase, pues, si interesa á todos los humanos el conocer la Religión de Cristo, única verdadera.

Pero también en el anterior artículo apuntábamos, que no todos están conformes en una misma opinión, cuando se trata de determinar cuál sea la doctrina de Cristo; conviene por consiguiente, para la solución de este problema, clasificar las opiniones acerca de tal doctrina. No hace falta advertirnos, que siendo una la verdad, uno solo de estos grupos sustentará la doctrina de Cristo; creemos no obstante muy oportuno hacer notar, que al grupo sustentador de la verdad, se le conoce (1) en las lenguas neolatinas con nombres derivados de la palabra latina *Ecclesia*, que á su vez se deriva de otra griega significativa de *llamar, convocar*; de modo que etimológicamente la *Iglesia*, (así se llama en español aquel grupo), es «la reunión de los que han sido llamados»; sentido, como dice el Dr. Estanyol, perfectamente exacto, según aquellas palabras del mismo Cristo: *Nemo potest venire ad me, nisi Pater, qui misit me, traxerit eum*: (S. Juan VI, 44). En las lenguas germanas y eslava se conoce á dicho grupo con nombres derivados de la voz alemana *Kirche*, derivada á su vez de otra griega, que significa Señor, de modo que, según este sentido etimológico. «la Iglesia es la asamblea de los que reconocen por jefe al Señor, escuchan su llamamiento y le siguen.» La palabra *Iglesia* significa, pues, propiamente en nuestro idioma, el grupo de los que sustentan la verdadera doctrina de Cristo. Ahora bien, por apariencias de semejanza se llaman también iglesias, los distintos grupos formados por las varias interpretaciones de la doctrina de nuestro Divino Maestro. Siguiendo por tanto el uso, si bien que reconociendo la impropiedad de la expresión; diremos que son tres las Iglesias que se disputan el acierto en la cuestión religiosa, á saber: la *Católica*, la *cismática* y la *protestante*.

Bien podemos anticipar, con la satisfacción de quien ve próximo el triunfo de más íntimas y caras convicciones, que no hay *Religión cristiana* fuera de la Iglesia Católica;

(1) V. «Instituciones de Derecho Canónico», por el Dr. Estanyol, tom. I, páginas 47 y 48.

y con más satisfacción recabamos desde luego los laureles del debate científico-religioso, para nuestra Santa Madre la Iglesia papista, cuanto que otras veces hemos combatido en sus lógicos frutos á la nunca bastante odiada doctrina *reformista*, á la ilógica, absurda é irreligiosa Iglesia protestante, funesto germen de desventura y calamidad para unos pueblos, que vivían la vida de Cristo, cobijados bajo los ensangrentados brazos de la Cruz del Redentor. ¡Ah! séanos permitido, siquiera por vía de digresión, expansionar por las celestiales mansiones de la verdad victoriosa, nuestro ánimo, ya bastante oprimido por los desvarios, que al calor del Protestantismo se han desarrollado, viniendo á emponzoñar las atmósferas científica y literaria, que habitualmente venimos obligados á respirar. Pero no retardemos el triunfo de la verdad católica, que va á proporcionarnos una sólida argumentación. Empecémosla, preguntándonos ¿cuál es la verdadera Iglesia de Cristo?

Si la cuestión debiera fallarse por la opinión vulgar, bien pronto daríamos la razón á la Iglesia Católica, á la cual se refieren todos, cuando no se añade epíteto alguno á la palabra Iglesia, lo que no sucede con la cismática y protestante; cómo si este solo nombre no fuese bastante significativo, para expresar la asociación de los cristianos! Pero es verdad: la sola palabra Iglesia no significa la protestante ni la cismática, porque ni una ni otra son la Iglesia de Cristo. Dejemos con todo este argumento, que el nombre nos proporciona, y probemos por otros argumentos, que la Iglesia Católica es la verdadera, como si dijéramos, que la escuela donde aprenderemos la verdadera doctrina de Cristo, es la Iglesia Católica.

Cristo, que por su divina sabiduría, debiendo volver al Padre, había de dejar en el mundo una institución, perpetuamente incólume é inalterable al través de las mudanzas todas, para que la Religión revelada no se adulterase, ni eliminase de la tierra; y veía por otra parte el interés que todos los humanos tendrían en conocerla, no menos que el conflicto de las Iglesias, en que hoy nos encontramos; había de adornar á la constituida depositaria de su salvadora doctrina, con señales ó caracteres ciertos é indubitables, para evitar á los hombres el ser presa del error en punto tan trascendental como el religioso. Más aún; estos caracteres no pueden ser de difícil comprensión, ni

pueden exigir complicado estudio, para hallarlos en una determinada Iglesia: porque cuestión es la religiosa, interesante á todos aún á los de inteligencia más obtusa; y en la que por otra parte sería peligrosísima, por sus funestas consecuencias, la autoridad humana, ejerciendo como un monopolio, para indicar el depósito de la verdad revelada. Hé aquí el porque del tratado de las *notas* de la Iglesia, ó sea, de los caracteres que dan á conocer á todos los de recto juicio, cual sea la Iglesia de Cristo.

Hemos dicho, que Cristo debia fundar su Iglesia perpetua; y la fundó. Cristo habia de hacer patente á todos la Iglesia verdadera; y lo hizo. No ha de costarnos mucho el demostrar, que Cristo fundó su Iglesia perpetua. El P. Llanas, basándose en la autoridad indiscutible de nuestros Evangelistas, da un concepto muy claro de la fundación de la Iglesia por Cristo, que vamos á exponer en pocas palabras. Dice nuestro querido Director, (1) que Cristo durante su existencia mortal, anterior al Deicidio del Calvario, se dedicó á merecer la Iglesia, la cual ni aún después de la gloriosa ascensión del Señor á los Cielos, existía. Un estudio detenido de los sagrados textos evangélicos, conduce á aquel Padre á afirmar, que Cristo no puso empeño alguno, en el tiempo anterior á su Resurrección triunfante, en dejar establecida su doctrina; pues, «ni aún aquellos que debían difundirla por todo el mundo, tenían suficiente conocimiento de ella, ignorando los dogmas fundamentales, y no sabiendo á qué atenerse ni aún sobre la Divinidad de su Maestro, cuanto menos acerca de la redención, de los Sacramentos, de la moral y de la organización social de la obra cristiana». Pero después de su Resurrección gloriosa, empieza Cristo la fundación de la Iglesia, comenzando, como por bella comparación expone dicho Padre, por preparar el cuerpo de la misma, como en otro tiempo Dios formara del lodo el cuerpo bellissimo de Adán, que inerte yacía en el Paraiso, para completar después su obra, como la completó en los días paradisiacos, por la infusión del soplo de vida, que en el Cenáculo debia comunicar á la Iglesia naciente con la venida del Espíritu Santo, que Jesús habia prometido á sus discípulos; previniéndoles permanecieran en Jerusalén, hasta que se Lo envia-

(1) V. «Idea de la verdadera Religión»; por el Rdm. P. Eduardo Llanas, Cartas XVII y XVIII.

ra. Con la venida del Paráclito, pues, es cuando empieza á existir la verdadera Iglesia de Cristo; aquella Iglesia de la cual su Divino Fundador, con promesa, que por ser de Dios puede darse por cumplida, dijo: *et portæ inferi non prævalebunt adversus eam* (1). A su Iglesia, de este modo formada para existir hasta la consumación de los siglos, confió Dios el depósito de la verdad revelada, según aquella otra promesa del mismo Cristo, que leemos en el Evangelio: *Paracletus autem Spiritus sanctus, quem mittet Pater in nomine meo, ille vos docebit omnia, et suggeret vobis omnia, quæcumque dixerero vobis* (2).

FRANCISCO M.^o COLOMER OMS

(Se continuará)

MAS SOBRE MODERNISMO

II Y ÚLTIMA CARTA ABIERTA

Querido lector: Mucho debería extrañarte el asunto que según decía en mi carta del núm. 132 de esta REVISTA, pensaba tratar más tarde, como voy á hacerlo en las presentes líneas.

Al llevar á la práctica mi intención de decir cuatro palabras sobre la nacionalidad del modernismo, he de advertirte que lo hago en son de contesta á lo que se ha dicho por algunos, y aún creo que en esta misma REVISTA, que pretenden que el nuevo sistema nos venga de la otra parte de los Pirineos. Esto sólo pueden creerlo los que confunden el significado de las palabras modernismo y naturalismo, toda vez que este último ha echado sus raíces con especialidad en el arte y aún en las costumbres de nuestros vecinos de la República francesa.

En mi carta anterior creo haber demostrado suficientemente lo erróneo de esta confusión. Los que no se conformen, es decir, los que tengan una idea, siquiera aproximada de lo que significa cada una de estas palabras, no podrán

(1) S. Mateo, XVI, 18.

(2) S. Juan, XIV, 26. Téngase presente, que al citar en estos artículos textos evangélicos, en confirmación de nuestra doctrina, tomamos sólo el valor humano, que á los mismos reconocimos en uno de dichos artículos.

menos de ver que el modernismo no es privilegio de los franceses ni de nadie, que modernistas lo son hoy día en un grado mayor ó menor todas las naciones donde el arte es respetado y donde quiera que se procure su desarrollo y engrandecimiento. Según los ideales que hayan alentado á los diferentes pueblos al llevar al arte por las vías del progreso, ese pueblo tendrá más ó menos facilidad en admitir el nuevo sistema, y no es aventurado suponer que tarde ó temprano la humanidad abrirá paso franco en todas partes al heraldo del progreso artístico, que viene á mostrar los nuevos moldes del arte, menos raquíticos que los anteriores, y con los cuales se responde mejor á las necesidades de la época. No creas por esto que sea tan revolucionario que pretenda llegar hasta los fundamentos, negando la veracidad de los principios filosóficos del arte que es lo que constituye la ciencia estética; nada de esto; ya entiendo que el modernismo, como el clasicismo ó romanticismo no es el arte mismo, que el ser clásico ó romántico es una manera de ser artista, y que no por eso hemos de decir que Murillo, Bach ó Cervantes fueron menos artistas porque vivieron en épocas anteriores á la nuestra y en que dominaban diferentes gustos en materias artísticas.

En lo que antecede veo yo una aplicación de lo mucho que ha arraigado en Cataluña el arte mal llamado modernista: cuando se inició en estos últimos tiempos el renacimiento literario catalán, el arte de nuestra tierra debió tomar una forma clásica, ya que no podía entrar de lleno en el romanticismo, muy en boga entonces en otros países y aún en otras regiones españolas, por la índole de su carácter peculiar, mezcla ordenada de espiritualismo y positivismo, toda vez que nuestro modo de ser ha sido en todos los tiempos lo que pudiéramos llamar humanamente idealista, como lo han demostrado los grandes genios así científicos como literarios de nuestra tierra que han participado del espíritu verdaderamente catalán. Por otra parte el arte de Cataluña comprendió que no debía encerrarse en los moldes clásicos, si quería ponerse al nivel de los pueblos más avanzados artísticamente hablando, no podía tolerar tampoco aquel sistema que proclama lo ideal por lo ideal, sistema artístico sin más fundamento muchas veces que las locuras de la imaginación llevada por un ideal de miras más ó menos elevadas, sistema de fantasía que fué en su época el sueño dorado de todos los artistas, sis-

tema con el que muchos de estos tan pronto se han elevado á lo más espiritual como han caído en el fango del naturalismo, verdadera degeneración del romanticismo, y que nos ha legado, entre algunas de verdadero mérito, un caudal inmenso de obras de las que puede decirse que son bellas, serias, artísticas por su parte superficial, pero huecas del todo en su parte asencial y aún en la formal.

Por esto en nuestra tierra pasó el romanticismo como una exhalación, sin que apenas sintiéramos su influencia; lo que sí sentimos fué la idea que le dió vida, es decir, la necesidad de ensanchar los horizontes artísticos rompiendo los lazos con que se tenía al arte sujeto á ciertas reglas particulares que más pudiéramos llamar rutinarias exageraciones y preocupaciones de los clasicistas. Cataluña, pues, siempre amante del arte, debió buscar su adelanto artístico en un nuevo sistema, y este sistema debió ser y ha sido lo que se llama modernismo, sistema que alborea ya en el horizonte artístico de todas las naciones.

No nos debe extrañar, sin embargo, el que así como los hijos de Cataluña nos hemos dejado llevar con facilidad por la nueva corriente, haya en la misma España regiones que sean refractarias á las nuevas formas de arte; porque nadie va á poner en duda las diferencias notabilísimas que existen en el modo de ser de las varias regiones españolas, por ejemplo, entre los habitantes del centro de la península y nosotros. Por eso el arte de Castilla es por necesidad romántico, y por necesidad impuesta por el carácter peculiar de los habitantes de tal región, pues aquel pueblo, soñador incurable de grandezas, aquel pueblo que en el curso de la historia se lanza tantas veces impávido á las más grandes y más temerarias empresas, se encontró con que el romanticismo cuadraba muy bien á su carácter caballeresco y aventurero, cuyas exageraciones hubo de combatir un hijo de aquella tierra al crear el inmortal Quijote, carácter que en toda la pureza de sus ideas vemos personificado en los grandes poetas dramáticos del siglo de oro de la literatura castellana, al presentar en la escena por único asunto personajes que, dan á otros ó sufren ellos mismos la muerte, para lavar su honor cuando lo creen perdido, ó para demostrar la fidelidad que guardan á su Rey.

Como consecuencia de todo lo que antecede se puede deducir: que si bien es verdad que otras naciones y no nues-

tra patria fueron la cuna del modernismo, hoy en Cataluña existe el cultivo del nuevo sistema, aunque se halle en estado naciente, con carácter verdaderamente catalán, sin que se haya tenido que recurrir á la imitación de los modernistas franceses ó alemanes. Y no de otra manera había de suceder, toda vez que el modernismo, huyendo de las exageraciones de la forma ó de la idea á que han conducido al arte clásicos y románticos respectivamente, toma los elementos de sus obras de la naturaleza misma, idealizándolos á su gusto, mientras no traspase los límites fuera de los cuales habrán de perder estas obras el carácter de realidad. Tomando el modernismo sus elementos de la naturaleza no deberá extrañarte el que sus obras lleven el sello peculiar de la tierra de que proceden; por eso es sin duda que al modernismo hay quien le ha designado con el nombre de *naturismo*.

El segundo propósito que indiqué en mi última carta no se refiere más que á los que sostienen la idea, errónea en alto grado, de que el modernismo es inmoral. Recuerdo que ya, aunque brevemente, combatí esta aberración en mi *carta abierta*, dirigida á un *anti-modernista anónimo* y publicada en esta REVISTA; no me queda por hacer más que recordar á estos señores, á guisa de ampliación de lo que allí dije, que Monseñor Doupanloup, pongo por caso, escritor nada sospechoso, en sus célebres cartas sobre educación intelectual, nos habla en las que de estética tratan del fin moral que han de tener los estudios estéticos, sentando no obstante el principio de que con el cultivo práctico de tal ciencia es posible la inmoralidad; ¿y cómo no ha de serlo, si cabe perfectamente el presentar una idea, todo lo inmoral que se quiera, revestida con todas las galas que el arte pueda prestar á una obra humana? Pueden ponerse á un pedazo de plomo las alas de una águila y, aunque á este plomo alado le fuera dado accidentalmente apoderarse del principio vital de los animales, permanecería sin levantarse un centímetro del suelo, no porque le faltaran los medios que las aves tienen para remontarse á las alturas, sino porque el cuerpo que ha de remontarse no tiene la constitución á propósito para ello. Para volar no se necesitan alas en primer lugar, se requiere ante todo que la naturaleza del cuerpo que ha de elevarse tenga, como condición indispensable, un peso específico menor que el ambiente que le rodea; afirmar lo contrario fuera

confundir el fin con los medios, lo substancial con lo accidental. Una obra de arte, sea clásica, sea romántica, sea lo que se quiera, para que pueda elevarse por encima de esta inmensa mole edificada poco á poco por todas las medianías artísticas, debe tener buenas, y armónicamente constituida la segunda con relación á la primera, su parte esencial y su parte formal; es decir, debe tener sano y bien formado su cuerpo y acondicionadas á éste *las alas de cisne con que vuela*, toda vez que lo que dijo Zorrilla, hablando de la versificación, puede muy bien aplicarse á la forma externa de cualquier obra artística.

En cuanto á la parte esencial de las obras de arte creo que debe ser algo que no cambia con el tiempo, pues siempre han sido unos mismos los sentimientos que han interesado al corazón humano: lo que cambia es la manera de sentir y por lo tanto la forma expresiva del sentimiento.

En esto me fundo para rechazar la nota de inmorales que algunos dan á los autores modernistas sólo porque así se llaman; sin duda á estos moralizadores no les había preocupado nunca la idea del modernismo, pero habiendo oído hablar de algún autor moderno contaminado por el naturalismo, creen que por el solo hecho de ser moderno y extranjero ya se le puede llamar modernista. Quién escoga para su obra un asunto inmoral, quién tenga el mal gusto de dar forma poco moral á sus artísticas (y entiéndase que esto no lo tiene en su programa el modernismo, sino que quien lo tiene implícitamente en el suyo es el naturalismo, aunque éste no le considero como sistema dentro del arte); aquel será un artista á quien podrá echarse en cara la falta de moralidad en sus obras, pertenezca ó no á la escuela modernista, y entiende que artistas de esta clase los ha habido siempre, los hay ahora y los habrá mientras existan seres humanos que se olviden de su misión sobre la tierra, y que tengan por conveniente revolcarse en el cieno de este mundo miserable, sin elevar su mirada más allá de donde alcanza el poder visual de los ojos materiales.

Veo que va resultando muy larga esta lata modernista y aunque tenga que dejar para mejor ocasión el tratar algunos puntos referentes al mismo asunto, permíteme que ponga punto final á estas mal trazadas líneas, hasta tanto que me dé otra vez por el modernismo, como sucederá seguramente cuando algún anti-modernista intente de nuevo

agotar todo el repertorio de diatribas contra este sistema, llamándome así á defender otra vez ese arte cuyos principios particulares procuré exponer en mi *carta abierta* anterior, arte que podrá ser que no sea el mismo modernismo en el estado á que le han traído sus cultivadores, pero que es lo que yo he soñado que debería ser el arte regenerado en los tiempos que atrevesamos.

Si fueras tú ese anti-modernista, ya sabes que queda á tus órdenes el último de los colaboradores de esta REVISTA.

EMILIO VALLÉS Y VIDAL

3 Noviembre de 1897.

SÍNTESIS DE HISTORIA GENERAL EVOLUTIVA DE LA MEDICINA

(Continuación)

El primer período que comprende desde la fundación del pueblo heleno hasta la aparición del Padre de la Medicina (460 años antes de J. C.), se debe subdividir en tres fases: patriarcal, sacerdotal y empírica ó filosófica. Al igual que los demás pueblos, al principio, la medicina en Grecia fué ejercida tan sólo por los ancianos jefes de las tribus ó patriarcas. Entre estos podemos citar al pastor Melancio, que se hizo célebre por haber curado una epidemia de histerismo que se desarrolló en Argos; al Centauro Cairon que ejercía la Cirugía en una cueva ó gruta de Tesalia; á Esclepias ó Esculapio, discípulo del anterior, cuya celebridad llevóle á ser divinizado por los helenos. Tomaron, luego, por su cuenta la Medicina los sacerdotes y en recuerdo del divino Esculapio, fueron llamados los que la practicaban Esclepiades ó Esculapios. Los enfermos acudían á los templos á exponer á los sacerdotes los síntomas de las enfermedades que les aquejaban, y aquellos, á cambio de ofrendas ó regalos, dábanles consejos y planteaban el tratamiento conveniente á cada caso: si curaban se tomaba nota de los síntomas observados y del tratamiento empleado, con el fin de prescribir, en lo sucesivo, el mismo plan terapéutico á enfermos que presentaran idéntico síndrome; escribiéndose aquello en las llamadas placas ó *tablas votivas*, que eran cuidadosamente archivadas en los

mismos templos. Instituyeron, pues, los sacerdotes, una verdadera clínica, pero llegaron á abusar tanto del pueblo, por atender más á los regalos que á las curaciones, que fueron satirizados cruelmente por Aristófanes y otros críticos de la época. Resultado: que cayó en descrédito la medicina sacerdotal, sobrevino en Grecia una verdadera revolución, y con ésta, pasó la Medicina á manos de los filósofos. Estos, pronto se dividieron en dos bandos ó partidos: escuela *animista* ó espiritualista, al frente de la que se encontraba Pitágoras—el cual admitía que la materia de por sí es inerte y que su actividad se debía al espíritu,—secundado por Empédocles de Agrigento, el que, según la tradición, llevado por su curiosidad científica desapareció en el cráter del Etna. Esta escuela cuenta entre sus discípulos al *Divino viejo* (Hipócrates), además de haber seguido sus doctrinas muchos médicos de aquellas remotas edades. La escuela *materialista* tuvo por paladín á Demócrito, al que Aristóteles considera como el hombre más sabio de la antigüedad. De los choques de estas dos sectas ó partidos nacieron las escuelas de Ciren, en Africa y Rhodas en Asia, ambas de escasa importancia comparadas con la de Guido, donde estaba Euriphon, que dejó las *sentencias guidianas*, y sobre todo, con la escuela de Coos, que nos leyó las *sentencias cuacas*. Dichas escuelas estaban en continua discusión disputándose el predominio científico de la época, hasta que apareció la genial figura de Hipócrates, que lo dió á la de Coos, de donde él procedía.

Hipócrates (el Grande), llamado con sobrada razón «Padre de la Medicina», nació, de la familia de los Asclepiades, en la isla de Coos, el año 460 antes de J. C. No hay duda alguna que fué el médico de más fama y de mayores conocimientos de la Antigüedad, y que su figura descollará eternamente como fundador de la medicina de observación. Hizo sus primeros estudios en la escuela espiritualista de Coos, y después verificó muchos viajes, aprendiendo y difundiendo conocimientos, por la India (de donde sacó muchas de sus teorías), Egipto, Persia, Asia menor, etcétera; por último, establecióse en su patria en donde se dedicó al ejercicio y enseñanza de la Medicina, muriendo á una edad muy avanzada. En sus largos viajes adquirió mucha doctrina que luego le sirvió de base para escribir buen número de obras; entre éstas citaremos: *Los aforismos*, el

libro de los *pronósticos*, el célebre *Tratado de aires, aguas y lugares*, el *Régimen de las enfermedades agudas*, el 1.º y el 3.º libro de las *Epidemias*, un librito sobre el *corazón*, y otro referente á *articulaciones, fracturas é instrumentos de reducción*. Algunos le atribuyen la paternidad de mayor número de obras, más éstas, en sentir de los más puros helénistas—Malgaigne, Littré—fueron escritas por sus sucesores. El *anciano de Coos* parte de la idea de que el cuerpo del hombre, tanto en estado de salud, como en el de enfermedad, es regido por la naturaleza, ó sea, el *principio vital* ó *fuerza vital* que le anima. El principio vital, en el estado de enfermedad, era apellidado *fuerza medicatrix*: de aquí su famoso y tradicional lema: *Natura morborum medicatrix* (La naturaleza es la que cura las enfermedades). Para Hipócrates, la causa determinante de la enfermedad depende de la alteración de los humores, que él admitía: sangre, flegma, bilis, atrabilis y pituita (idea tomada de la medicina india). Ahora bien; el esfuerzo que hace el organismo para destruir el humor alterado—*materia pecante*, según el *divino viejo*—y para restablecer el equilibrio entre los humores es lo que constituye la enfermedad. De modo que para Hipócrates, la causa próxima de ésta es la alteración de los humores, y las causas remotas, no son otras que fenómenos físicos (frío, calor, humedad, sequedad, alimentos, bebidas, etc.) A su vez, el humor alterado ó materia pecante, se hallaba primera y primordialmente, en la economía, en estado de *crudeza*; después, por la fiebre ó por otra causa, pasaba al de *cocción*, y luego, era eliminado al exterior, y con él, el principio morbífico; denominándose á este acto eliminatorio de *noxas patógenas, momento crítico*, y al fenómeno en virtud del cual tenía lugar, *crisis*, si se verificaba el descarte de una manera rápida, recibiendo el de *lisis*, si de un modo lento. No obstante, en sentir de Hipócrates, no siempre tenía lugar la eliminación de los humores, y entonces la materia pecante trasladábase de un punto á otro del organismo: á este fenómeno migratorio dábase el nombre de *metástasis*. Su Terapéutica puede condensarse en estas sus frases: «Medicina est ars curandi contraria contrariis. Ars curandi quæ via curat sua sponte natura» La Medicina es el arte de curar las enfermedades con remedios contrarios.

EMILIO SABORIT

(Continuará).